

EL LAGO ANTES DE LOS CISNES

*Toda gran obra comienza mucho
antes de la primera nota.*



Guillermo Isaza Fisco

RELATO SINFÓNICO

The background is a rich, detailed illustration of a library at night. On the left, tall bookshelves are filled with books, and a globe sits on a table. A large, ornate lantern with a lit candle stands next to an open book. The open book's pages show a glowing, fantastical landscape with a castle and a lake under a full moon. Musical notes and a treble clef float through the air, some emanating from the book. A small cat is curled up on a stack of books to the right. A window in the background shows a night sky with a full moon and a distant castle. The overall atmosphere is warm, magical, and cozy.

Si este universo
te acompaña,
puedes impulsarlo
con un aporte sencillo

Haz clic aquí para apoyar este proyecto >

Tu aporte ayuda a que nuevos cuentos,
relatos y audiocuentos sigan creciendo.





El lago antes de los cisnes

Donde las obras inmortales aprenden a soñar

Guillermo Isaza Fiscó

«Toda obra inmortal nace primero como un silencio que aún no conoce su propia música. Solo el tiempo, la imaginación y el corazón de quienes la reciben le enseñan a convertirse en un sueño compartido.»

Nota sobre el relato

Esta obra es una recreación literaria inspirada en El lago de los cisnes. Los diálogos, los sueños y las escenas íntimas pertenecen a la ficción; los nombres históricos y los acontecimientos teatrales sirven de marco al relato.



TEATRO MAYOR
JULIO MARIO
SANTO DOMINGO

EL LAGO
DE LOS
CISNES

YOUNG ORFÈ

CAPÍTULO I

El teatro respira

«Todo teatro comienza a soñar mucho antes de que se levante el telón.»

La tarde comenzó a despedirse sobre Bogotá. Una llovizna fina descendía desde los cerros orientales, envolviendo la ciudad en esa luz gris azulada que parecía detener el tiempo.

El aire fresco de septiembre acompañaba a quienes caminaban hacia el Teatro Mayor Julio Mario Santo Domingo, donde, poco a poco, comenzaban a reunirse familias, estudiantes, amantes de la música y curiosos que aquella noche compartirían un mismo viaje. Muy pocos se conocían. Y, sin embargo, todos parecían dirigirse al mismo lugar desde mucho antes de haber emprendido el camino.

Al cruzar las puertas del teatro, el ruido de la ciudad quedó atrás. Era como atravesar un umbral invisible. Las conversaciones comenzaron a bajar de tono. Los pasos se hicieron más lentos. Hasta la respiración parecía cambiar de ritmo. El amplio vestíbulo recibía a los visitantes con la serenidad de los lugares que han aprendido a guardar miles de recuerdos.

Algunos se detenían frente a los grandes carteles del ballet. Otros recorrían pausadamente la pequeña librería y la biblioteca del teatro, hojeando libros dedicados a compositores, bailarines y grandes producciones que habían pasado por aquel escenario. Una niña observaba fascinada las fotografías de antiguos espectáculos.

—¿Todos estuvieron aquí? —preguntó.

Su padre sonrió.

—Sí. Y esta noche, cuando termine la función, también nosotros formaremos parte de esa historia.

La niña volvió a mirar las imágenes. Por primera vez comprendió que un teatro no solo guardaba espectáculos. También conservaba memorias. Muy cerca de allí, una pareja de ancianos se detuvo unos segundos a contemplar la arquitectura del vestíbulo. La madera, la piedra, la luz cálida y el amplio espacio parecían invitar al silencio mucho antes de entrar a la sala.

—Hace muchos años que no veníamos al ballet —dijo él.

Su esposa tomó suavemente su brazo.

—Entonces era el momento de regresar.

Un niño pasó corriendo unos metros más adelante. Su madre logró alcanzarlo antes de que llegara a las puertas de la sala.

—Despacio... Todavía no ha empezado.

El pequeño levantó la vista hacia el enorme edificio.

—¿Ya están los cisnes?

La mujer sonrió.

—Todavía no. Pero ya deben estar preparándose.

El niño quedó pensativo. Jamás había imaginado que unos cisnes pudieran prepararse para salir a un escenario. Mientras tanto, al otro lado del telón, el teatro despertaba de otra manera. En el foso, los músicos de la Orquesta Filarmónica de Bogotá abrían lentamente los estuches de sus instrumentos. Cada gesto era tranquilo. Preciso.

Había algo profundamente familiar en aquel ritual que se repetía antes de cada concierto y que, sin embargo, nunca dejaba de sentirse único. Un violinista terminaba de colocar la resina sobre el arco. A su lado, un violonchelista sonrió.

—¿Cómo está la cuerda? —preguntó el violinista.

—Mejor que mis nervios —respondió el violonchelista.

Los dos rieron en voz baja. Un joven trompista observaba discretamente el escenario. Era la primera vez que interpretaba El lago de los cisnes. Un compañero apoyó una mano sobre su hombro.

—Tranquilo. La primera función nunca se olvida. Pero tampoco la segunda. Ni la décima. Porque esta música siempre encuentra una forma distinta de sorprendernos.

Muy cerca, un violista terminaba de acomodar cuidadosamente las partituras sobre el atril. Respiró hondo. Miró el escenario todavía oculto. Después dijo casi para sí mismo:

—Qué privilegio poder contar esta historia.

Nadie respondió. No hacía falta. Todos pensaban exactamente lo mismo. Los atriles esperaban en silencio. Las partituras comenzaban a desplegarse. Un arco rozó apenas una cuerda. Después otro. Más tarde, una nota grave surgió desde el fondo del escenario. No era música todavía. Era una conversación. Instrumentos que volvían a encontrarse. Respiraciones que empezaban a buscar un mismo pulso. Detrás del escenario ocurría algo parecido.

Los bailarines terminaban sus ejercicios de calentamiento. Las zapatillas rozaban suavemente el piso de madera. Aquellos artistas pertenecían al Ballet del Teatro Municipal de Santiago de Chile, una compañía que durante décadas había llevado la tradición del ballet clásico latinoamericano a escenarios de todo el mundo. Habían recorrido países, lenguas y culturas distintas.

Sin embargo, cada vez que regresaban a El lago de los cisnes, experimentaban la misma sensación que la primera vez. No volvían únicamente a interpretar un ballet. Volvían a encontrarse con una obra que nunca terminaba de revelar todos sus secretos. Una joven ajustaba por última vez las cintas de sus zapatillas. Otra se acercó sonriendo.

—¿Todavía sientes ese pequeño miedo antes de salir?

Ella alzó la mirada.

—Sí.

—¿Después de tantos años?

—Precisamente por eso.

Las dos rieron. Después volvieron a guardar silencio. Porque sabían que, dentro de unos minutos, dejarían de ser ellas mismas para convertirse en otra historia. Un bailarín observaba el escenario oculto detrás del telón.

—Cada teatro tiene un silencio diferente.

Su compañero asintió.

—Sí. Pero cuando empieza la música, todos hablamos el mismo idioma.

En los talleres descansaban los decorados. Los árboles pintados esperaban pacientemente. Las telas imitaban la niebla. Las luces permanecían apagadas sobre la parrilla superior, como si cientos de pequeñas estrellas aguardaran el instante exacto para convertirse en luna. Los trajes colgaban perfectamente alineados. Los pinceles ya habían cumplido su tarea. Las costuras permanecían invisibles bajo la delicadeza del vestuario. Cada tablón. Cada reflector. Cada cuerda.

Cada mano anónima. Formaban parte de un inmenso mecanismo que el público casi nunca veía. Y, sin embargo, sin ellos el milagro nunca ocurriría.



CAPÍTULO II

La nieve

«Hay silencios que llegan para enseñarnos a escuchar aquello que todavía no tiene nombre.»

Muchos años antes... muy lejos de aquel teatro... existía otra clase de silencio. No era el silencio que precedía a una función. Era el que llegaba cuando la nieve cubría poco a poco los caminos y el mundo parecía olvidar, por unas horas, el sonido de sus propios pasos. A través de los cristales de una vieja ventana, un niño permanecía inmóvil. No tenía prisa.

Las manos descansaban sobre el marco de madera mientras observaba cómo cada copo descendía siguiendo un camino distinto. Parecía imposible que ninguno chocara con otro.

—Llevas mucho rato mirando.

La voz de su madre llegó desde el otro lado de la habitación. El niño no apartó la vista.

—Lo sé.

Ella sonrió mientras doblaba cuidadosamente una prenda junto al fuego.

—¿Qué estás buscando?

Hubo un largo silencio. No porque el niño no quisiera responder. Porque todavía no encontraba las palabras. Finalmente dijo:

—No estoy buscando... Estoy esperando.

La madre levantó la vista.

—¿Esperando qué?

El pequeño frunció ligeramente el ceño. Siguió contemplando la nieve unos segundos más. Después respondió muy despacio:

—No lo sé... Creo que algo está intentando llegar y desea entrar.

—¿Qué cosa?

El niño negó con la cabeza.

—No puedo verlo. Tampoco puedo escucharlo. Pero siento que está ahí... esperando.

La madre caminó hasta la ventana y contempló el mismo paisaje. Árboles cubiertos de blanco. Los tejados ocultos bajo la nieve. Una delgada columna de humo ascendiendo des-

de una chimenea cercana. No parecía ocurrir nada extraordinario. Y, sin embargo... también ella sintió aquella extraña calma. Apoyó una mano sobre el hombro del niño.

—A veces las cosas más importantes tardan en encontrarnos.

Él siguió mirando hacia el exterior.

—Pero llegan... ¿verdad?

La madre no respondió enseguida. Observó nuevamente cómo los copos descendían sin hacer ruido. Solo permanecía el murmullo de la nieve. Después dijo, casi en un susurro:

—Sí. Aunque casi nunca llegan haciendo ruido.

La puerta principal se abrió lentamente. Entró el padre, sacudiendo la nieve de su abrigo. Dejó el sombrero sobre una silla y se acercó al fuego para calentarse las manos.

—Hace mucho frío ahí fuera.

El niño giró apenas la cabeza.

—Papá...

—¿Sí?

—¿La nieve hace algún sonido?

El hombre sonrió. Era una pregunta extraña. Pero no era la primera que escuchaba de su hijo. Se acercó a la ventana. Permaneció unos segundos contemplando el paisaje.

—Sí. Hace uno muy pequeño. Tan pequeño... que primero hay que aprender a guardar silencio para poder escucharlo.

El niño volvió inmediatamente la mirada hacia el exterior. Como si acabara de recibir la misión más importante de su vida. Durante varios minutos nadie volvió a hablar. Los tres permanecieron junto a la ventana. Cada uno contemplaba la misma nieve. Cada uno escuchaba algo diferente. El padre percibía el viento deslizándose entre los árboles. La madre escuchaba el suave crepitar del fuego.

El niño cerró por un instante los ojos. Le pareció distinguir una presencia lejana. No era una voz. Tampoco una melodía. Era apenas una sensación. Como si el invierno guardara una historia que todavía no estaba preparada para ser contada. Cuando volvió a abrir los ojos... solo permanecía el susurro de la nieve.

Fue entonces cuando una pequeña pluma blanca, arrastrada por el viento, cruzó lentamente frente a la ventana. Descendió girando con una delicadeza casi imposible. El niño siguió su recorrido hasta verla desaparecer entre la nieve. No dijo nada. Ni siquiera estaba

seguro de haberla visto. Pero aquella imagen quedó suspendida en algún lugar de su memoria. Como esas preguntas que todavía no conocen su respuesta.

Cuando llegó la noche, el paisaje desapareció poco a poco bajo la oscuridad. Solo permanecía el reflejo del fuego sobre el cristal. La madre encendió una lámpara. El padre abrió un libro. La casa volvió, lentamente, a llenarse de esos pequeños sonidos que acompañan la vida cotidiana. El niño, sin embargo, seguía pensando en una sola frase.

«Primero hay que aprender a guardar silencio para poder escucharlo.»

No sabía por qué. Pero intuía que aquella respuesta permanecería con él durante mucho tiempo. Muchísimo más de lo que entonces podía imaginar. A veces le parecía que aquello que esperaba seguía muy lejos. Otras... tenía la extraña impresión de que caminaba lentamente hacia él. Sin hacer ruido. Como la nieve. Como el viento. Como las historias que todavía no tienen nombre.

Porque, sin saberlo, aquella tarde no había aprendido únicamente a escuchar la nieve. Había comenzado a escuchar el mundo. Y también a reconocer que existen presencias que llegan mucho antes que las palabras. Mucho antes que la música. Y que, algunas veces, la primera persona que las escucha todavía ignora que un día será quien deba darles voz.



CAPÍTULO III

El maestro del silencio

«Los grandes maestros no entregan respuestas; enseñan a hacer mejores preguntas.»

La nieve tardó varios días en desaparecer. Pero aquella pregunta permaneció mucho más tiempo.

«¿Cómo suena el silencio?»

El niño la llevaba consigo a todas partes. Mientras caminaba. Mientras leía. Mientras observaba el humo elevarse lentamente desde las chimeneas. Incluso cuando el viento agitaba las ramas desnudas de los árboles. Parecía escuchar el mundo de una manera distinta. No buscaba sonidos. Buscaba aquello que ocurría entre ellos.

Una mañana, su madre terminó de abrocharle el abrigo.

—Hoy conocerás a alguien.

—¿A quién?

—A un hombre que lleva toda la vida escuchando cosas que los demás pasan por alto.

El niño abrió mucho los ojos.

—¿Como la nieve?

Ella sonrió.

—Tal vez.

Caminaron durante varios minutos por las calles todavía cubiertas por los últimos restos del invierno. Al doblar una esquina apareció una antigua casa de piedra. No destacaba por su tamaño. Ni por su elegancia. Pero había algo en ella que inspiraba confianza. Sobre la puerta, una sencilla placa de madera anunciaba que allí funcionaba una escuela de música. El niño permaneció unos segundos observándola.

No sabía por qué. Pero tuvo la impresión de que, detrás de aquellas paredes, ocurrían cosas que no sucedían en ningún otro lugar. Al abrirse la pesada puerta de madera, un aire tibio envolvió a los visitantes. Olía a madera encerada. A papel antiguo. A tinta. Al barniz de los instrumentos.

Y a ese perfume inconfundible de los lugares donde el tiempo parece avanzar un poco más despacio. Desde distintos rincones llegaban sonidos que nunca antes había escuchado reunidos. En una habitación, un violín repetía pacientemente una misma escala. Más adelante, un violonchelo buscaba una nota grave. Desde el piso superior descendían algunos acordes de piano. No todos tocaban la misma música.

Ni siquiera el mismo ritmo. Y, sin embargo... toda la escuela respiraba como si interpretara una única obra. Dos niños cruzaron el pasillo sosteniendo cuidadosamente sus violines. Reían en voz baja. Una joven copiaba con enorme paciencia una partitura apoyada sobre un pupitre. Más adelante, un anciano luchaba por afinar un viejo fagot junto a una ventana. Nadie parecía tener prisa.

El niño observaba todo con asombro. Nunca había imaginado que la música también pudiera vivirse así. No solo en los conciertos. Sino en los pasillos. En las aulas. En el silencio de quienes todavía estaban aprendiendo. Mientras avanzaban, pasaron frente a una pequeña biblioteca. Los estantes estaban repletos de partituras y libros. Algunas encuadernaciones mostraban el desgaste de muchas manos.

Otras parecían esperar todavía a su primer lector. El niño las contempló como quien observa un bosque lleno de senderos desconocidos. Su madre sonrió al verlo detenerse.

—Aquí también se aprende a escuchar.

Al atravesar el último pasillo escuchó algo diferente. No eran voces. No eran pasos. Era el suave sonido de un piano. Muy despacio. Como si quien lo tocaba estuviera conversando con alguien invisible. La melodía se detenía. Volvía a comenzar. Cambiaba apenas una nota. Después otra. El niño permaneció inmóvil. Nunca había escuchado a nadie tocar de aquella manera. No parecía estudiar. Parecía buscar.

La puerta del salón permanecía entreabierta. Un hombre de cabello ya plateado levantó lentamente la vista. No dejó de tocar. Solo sonrió.

—Puedes entrar.

El niño obedeció. Se acercó despacio al piano. Esperó a que la música terminara. El maestro cerró la tapa del teclado con delicadeza.

—¿Te gusta escuchar?

—Sí.

—¿Y qué es lo que más te gusta escuchar?

—La nieve.

—Entonces ya llevas ventaja.

—¿Ventaja?

—La mayoría viene aquí queriendo aprender a tocar. Muy pocos llegan queriendo aprender a escuchar.

El muchacho miró el piano.

—¿Usted también escucha la nieve?

El anciano dejó descansar las manos sobre el teclado. Después respondió con serenidad:

—Escucho la nieve. Escucho el viento. Escucho el agua. Pero, sobre todo... intento escuchar aquello que todavía no sabe que algún día será música.

El maestro abrió lentamente una partitura. La colocó sobre el atril. No comenzó a tocar. Se limitó a contemplar las páginas.

—¿Qué ves? —preguntó.

El niño respondió inmediatamente.

—Notas.

—Aquí todavía no hay música, solo hay señales. La música aparece cuando alguien la recibe... y le presta su respiración.

El niño volvió a mirar aquellas pequeñas figuras negras.

—¿Sabes por qué algunas personas dedican toda una vida a la música?

—No.

—Porque pasan muchos años intentando responder una sola pregunta.

—¿Cuál?

—¿Cómo sonará aquello que todavía no tiene nombre?

El maestro caminó lentamente hasta la ventana. Afuera todavía quedaban pequeños montones de nieve junto a los árboles. Cuando abandonó la escuela aquella tarde, la nieve comenzaba a derretirse lentamente bajo los primeros rayos del sol. El niño caminó en silencio junto a su madre. Después de un largo rato habló.

—Mamá...

—¿Sí?

—Creo que hoy no aprendí música.

Ella lo miró con curiosidad.

—¿No?

Él sonrió.

—No. Creo que hoy aprendí a escuchar lo que todavía no existe.

La madre sonrió con dulzura.

—Entonces hoy has aprendido la lección más difícil.

—La música siempre llega primero al corazón... y solo después a los oídos.

El niño guardó silencio. Todavía no comprendía del todo aquellas palabras. Pero, como ocurría con las preguntas más importantes, no necesitaban una respuesta inmediata. Solo necesitaban tiempo. Tiempo para crecer. Tiempo para florecer. Y tiempo para convertirse, algún día, en músico.



CAPÍTULO IV

El hombre frente al piano

«Toda melodía nace mucho antes de encontrar la primera nota.»

Los años pasaron sin hacer ruido. Como pasan las estaciones cuando nadie las cuenta. La nieve regresó muchas veces. Después desapareció. Los árboles volvieron a cubrirse de hojas. Los inviernos dieron paso a nuevas primaveras. Y aquel niño que un día había permanecido inmóvil frente a una ventana comenzó, poco a poco, a convertirse en un hombre. Había aprendido armonía. Contrapunto. Orquestación.

Había leído a los grandes maestros. Había llenado cuadernos enteros con ejercicios, correcciones y pequeñas composiciones. Pero hubo algo que nunca cambió. Seguía escuchando antes de hablar. Seguía observando antes de escribir. Y seguía creyendo que las preguntas eran más importantes que las respuestas. Porque comprendió que la música no siempre nacía de las certezas.

Con frecuencia nacía de aquello que todavía nadie era capaz de explicar.

La habitación donde trabajaba era pequeña. Una lámpara iluminaba apenas el escritorio. Sobre el piano descansaban varias hojas escritas a mano. Algunas terminaban en pocas líneas. Otras aparecían cubiertas de tachaduras. Había papeles doblados. Fragmentos de melodías. Ideas que parecían llegar con fuerza para desaparecer pocos minutos después. Sobre una silla descansaba un abrigo.

En otra, varias partituras abiertas esperaban una decisión que todavía no llegaba. El silencio llenaba toda la habitación. No era un silencio vacío. Era un silencio lleno de posibilidades. El joven compositor permanecía sentado frente al teclado. No tocaba. Esperaba. Como quien escucha unos pasos lejanos que todavía no alcanzan la puerta. Sabía que la música estaba cerca.

Pero también sabía que no aceptaba ser apresurada. Llamaron suavemente.

—Adelante.

Un amigo abrió apenas la puerta. Traía consigo una carpeta repleta de partituras.

—Veo que sigues aquí.

Chaikovski sonrió sin apartar la vista del piano.

—Todavía no ha llegado.

—¿Quién?

El compositor levantó lentamente la mirada.

—La primera nota.

El visitante observó los papeles dispersos.

—Pero ya has escrito muchas.

Chaikovski negó con serenidad.

—Esas solo estaban buscándose. La primera... todavía no sabe dónde quiere nacer.

El amigo dejó la carpeta sobre la mesa. Caminó lentamente por la habitación. Había libros abiertos. Retratos familiares. Cartas. Pequeños recuerdos de viajes. Y, junto a la ventana, un cuaderno muy antiguo, de tapas gastadas por el tiempo.

—¿Todavía conservas esto?

Chaikovski asintió. Su expresión cambió apenas. Como si, por un instante, hubiera dejado de ser un hombre para volver a convertirse en aquel niño que observaba la nieve.

—Fue el primer cuaderno donde escribí algo que realmente escuché.

—¿Qué era?

El compositor sonrió. No con alegría. Con gratitud.

—No lo recuerdo. Pero sí recuerdo el día. Nevaba. Recuerdo el silencio. Recuerdo la ventana. Recuerdo que tuve la extraña sensación de que alguien intentaba contarme una historia. Todavía no sabía escribirla. Ni siquiera sabía comprenderla. Pero supe que debía esperar.

El visitante pasó lentamente la mano sobre la cubierta del cuaderno.

—¿Y esa historia llegó?

Chaikovski miró el piano. Después respondió:

—Creo que nunca dejó de caminar hacia mí.

—¿Alguna vez dudas?

Chaikovski dejó escapar una leve risa.

—Todos los días.

—No lo parece.

—Porque las dudas no hacen ruido. A veces permanecen durante semanas sentadas junto al piano. Esperando conmigo.

El amigo permaneció pensativo.

—Siempre imaginé que la inspiración llegaba de repente. Como un relámpago.

Chaikovski apoyó las manos sobre el teclado sin presionar ninguna tecla.

—No. La inspiración se parece mucho más a la nieve. Llega muy despacio. Casi nunca nos damos cuenta del instante exacto en que empieza a caer. Pero continúa. Un copo. Luego otro. Después otro más. Hasta que, sin advertirlo, el paisaje entero ha cambiado. Con las grandes obras ocurre lo mismo. Un día descubres que aquello que parecía una simple idea... ha terminado cubriendo por completo el horizonte. Y entonces ya no hay forma de detenerla.

El visitante sonrió.

—Sigues hablando de la nieve.

Chaikovski respondió sin apartar la vista del piano.

—Porque allí aprendí a escuchar. Y uno nunca deja de regresar al lugar donde aprendió quién era y quién quería ser.

Volvió el silencio. Esta vez ninguno sintió la necesidad de llenarlo. A través de la ventana comenzaba a caer la tarde. Las sombras se alargaban lentamente sobre el suelo de madera. La habitación parecía contener la respiración. Entonces... Chaikovski cerró los ojos. Muy despacio apoyó un dedo sobre una sola tecla. Una nota. Nada más. Permaneció suspendida unos segundos. Después comenzó lentamente a desaparecer.

El compositor no dejó que el siguiente sonido llegara demasiado pronto. Escuchó cómo aquella única nota se alejaba. Cómo llenaba la habitación. Cómo regresaba lentamente al mismo silencio del que había nacido. Abrió los ojos. Sonrió.

—Ahora sí.

El amigo lo miró sin comprender.

—¿Qué ocurrió?

Chaikovski tomó la pluma. La acercó al papel. Y escribió la primera nota.

—Ahora ya sé hacia dónde quiere caminar.

A veces las grandes obras no nacen cuando aparece una idea. Nacen cuando una única nota encuentra, por fin, el silencio exacto donde desea vivir. Y aquella tarde, sin que nadie pudiera sospecharlo... acababa de comenzar un viaje que transformaría para siempre la historia del ballet.



CAPÍTULO V

El lago antes de los cisnes

«Antes de existir en la música, los sueños aprenden a vivir primero en la imaginación.»

Durante varios días, la habitación permaneció casi en silencio. No porque faltaran sonidos. Sino porque todos parecían esperar algo. Las hojas continuaban acumulándose sobre el escritorio. Las velas se consumían lentamente. El piano permanecía abierto desde la mañana hasta entrada la noche. Había jornadas enteras en las que apenas unas pocas notas encontraban su lugar.

Y, sin embargo, Chaikovski nunca sintió que el tiempo estuviera perdido. Sabía que algunas obras caminaban despacio. Como los inviernos. Como los bosques. Como los ríos. Cada mañana comenzaba igual. Una idea. Una duda. Un silencio. Y la esperanza de que, antes de caer la noche, aquella historia invisible decidiera acercarse un poco más. Una tarde cerró lentamente la tapa del piano. Se levantó.

Abrió la ventana. El aire frío llenó la habitación. Muy a lo lejos, un lago permanecía completamente inmóvil. No era un lago extraordinario. No había castillos. No había princesas. No había cisnes. Solo agua. Silencio. Y una ligera niebla deslizándose lentamente sobre la superficie. Permaneció observándolo durante largo rato. Hasta que, casi sin darse cuenta, habló en voz muy baja.

—Todavía falta alguien.

La frase quedó suspendida en el aire. No parecía dirigida al paisaje. Parecía dirigida a él mismo.

Aquella noche regresó al piano. Intentó escribir. No pudo. Cerró los ojos apenas unos segundos. El cansancio fue más fuerte. La pluma quedó inmóvil entre sus dedos. Y, sin darse cuenta, comenzó a soñar. Primero apareció la niebla. No una niebla espesa. Era ligera. Casi transparente. Flotaba lentamente sobre un lago iluminado por la luna. Después apareció el agua.

Tan inmóvil que parecía un espejo donde el cielo hubiera decidido descansar. No había nadie. Solo el viento. Y el rumor de los árboles respirando alrededor del lago. Entonces... una figura blanca surgió lentamente entre la bruma. La imagen cambió. Ahora era un bosque. Las ramas parecían entrelazarse como si quisieran ocultar un antiguo secreto. Entre los árboles apareció un muchacho. Joven. Sereno.

Con un arco en la mano. No perseguía un animal. Parecía perseguir una pregunta. Alzó lentamente la vista. Y, al otro lado del lago, volvió a ver a la muchacha vestida de blanco. Ella también lo observó. Durante un instante ninguno se movió. No hicieron falta palabras. Porque hay encuentros que comienzan mucho antes de la primera conversación. El sueño volvió a cambiar.

El lago desapareció. La noche se hizo más oscura. Una gran sombra extendió lentamente sus alas sobre el bosque. No tenía rostro. Solo una presencia antigua. Pesada. Como si llevara siglos alimentándose del miedo. Entonces ocurrió. Los brazos de la muchacha comenzaron lentamente a cubrirse de plumas blancas. El viento creció. El agua se agitó.

Y, uno tras otro, decenas de cisnes levantaron el vuelo sobre el lago iluminado por la luna. Chaikovsky sintió un estremecimiento. No comprendía el significado de aquella visión. Pero intuía que estaba contemplando el corazón mismo de una historia. Abrió los ojos. La habitación permanecía en silencio. La vela seguía ardiendo. La nieve caía lentamente detrás de la ventana. Tomó la pluma.

Escribió una sola palabra.

Lago.

Permaneció observándola. Después volvió a cerrar los ojos. El sueño continuó. Ahora había música. No podía escucharla con claridad. La veía. Cada movimiento de la joven parecía dibujar una melodía sobre el agua. Cada paso del muchacho abría un nuevo camino entre los árboles. La luna parecía dirigir aquella danza silenciosa. Entonces apareció otra figura. Vestía de negro. Su belleza era casi perfecta.

Pero algo en su mirada carecía de verdad. El joven avanzó hacia ella creyendo haber encontrado a la muchacha del lago. Y el sueño comenzó lentamente a quebrarse. Como un espejo atravesado por una grieta. Chaikovsky sintió el peso del engaño. La fragilidad de las promesas. El dolor de descubrir demasiado tarde aquello que el corazón ya había comprendido. Despertó sobresaltado. Respiró profundamente.

Miró nuevamente el papel. Debajo de la primera palabra escribió otra.

Cisne.

Permaneció inmóvil. Después añadió una tercera.

Odette.

No sabía todavía de dónde había surgido aquel nombre. Pero, al escribirlo, tuvo la certeza de que aquella joven llevaba toda la vida esperando ser llamada. Aún faltarían muchas páginas. Muchas noches. Muchas dudas. Muchos compases. Pero lo esencial ya había ocurrido. La historia había dejado de buscar a su autor. Ahora ambos caminaban juntos.

Y mientras la primera luz del amanecer comenzaba a entrar por la ventana, Chaikovsky comprendió que no estaba componiendo únicamente un ballet. Estaba intentando conservar un sueño, antes de que el día terminara por borrarlo.



CAPÍTULO VI

Cuando la música aprendió a caminar

«Una obra deja de pertenecer a su creador cuando otras manos comienzan a construirla.»

La primera melodía nunca llega sola. Trae consigo preguntas. Y, poco después... personas. Una mañana, varias hojas cuidadosamente ordenadas descansaban sobre el escritorio de Chaikovski. Ya no eran fragmentos dispersos. Comenzaban a formar un camino. Cada escena parecía conducir naturalmente hacia la siguiente. Cada melodía reconocía a la que venía después, como si todas hubieran estado buscándose desde mucho antes de ser escritas.

Los personajes que habían nacido entre silencios y sueños empezaban, por fin, a encontrar un lugar dentro de la música. La obra seguía incompleta. Todavía era frágil. Pero ya respiraba. Chaikovski contemplaba aquellas páginas cuando llamaron suavemente a la puerta.

—¿Puedo pasar?

—Claro.

Entró un hombre llevando bajo el brazo varios bocetos de escenografía. Detrás apareció otro con una carpeta repleta de dibujos de vestuario. Poco después llegaron dos bailarines. Más tarde, un copista. Después unos músicos. Finalmente apareció un representante del teatro con una libreta llena de preguntas.

La habitación, que durante semanas había conocido únicamente el silencio, comenzó a llenarse de voces, papeles, dibujos, ideas y miradas. Por primera vez, aquella música dejaba de pertenecer únicamente al compositor. Empezaba a convertirse en el sueño de muchas personas. El escenógrafo extendió cuidadosamente un gran dibujo sobre la mesa. Árboles oscuros rodeaban un lago iluminado por la luna.

A lo lejos se alzaban las torres de un castillo.

—¿Así imaginas el bosque?

Chaikovski permaneció varios segundos observándolo. No buscaba errores. Buscaba una emoción. Finalmente respondió.

—Es hermoso. Pero todavía deja entrar demasiada luz.

El hombre levantó la vista.

—¿Lo quieres más oscuro?

El compositor negó lentamente.

—No. Lo quiero más misterioso. No deseo que el público vea solamente un bosque. Quiero que sienta que ha entrado en un lugar donde las cosas pueden dejar de ser lo que parecen.

El escenógrafo volvió a contemplar el dibujo. Tomó un lápiz. Oscureció parte del cielo. Extendió la niebla sobre el agua. Difuminó los árboles más lejanos. Después volvió a levantar la hoja.

—¿Así?

Chaikovski sonrió con una serenidad que pocas veces mostraba.

—Ahora el lago ya sabe guardar un secreto.

En otro extremo de la habitación, una joven bailarina observaba los diseños del vestuario. Había coronas. Túnica. Vestidos de fiesta. Plumas. Capas. Telas blancas y negras que parecían contener dos mundos completamente distintos. Se acercó al compositor.

—¿Cómo debo moverme cuando aparezca la muchacha del lago?

Chaikovski guardó unos instantes de silencio. Después respondió con otra pregunta.

—¿Has visto alguna vez un cisne sobre el agua?

—Muchas veces.

—Entonces olvida por un momento que eres bailarina. Recuerda únicamente cómo este respira sobre el agua.

La joven cerró los ojos. Movi6 lentamente un brazo. El gesto apenas dibuj6 una l6nea en el aire. Sin embargo, algo cambi6 en la habitaci6n. Era como si el movimiento hubiera dejado de pertenecer a una persona para convertirse en parte del paisaje.

—No intentes imitar sus alas —a6nadi6 Chaikovski—. Recuerda que ella sigue siendo una mujer. El cisne es la forma que le impusieron. La tristeza... esa s6 le pertenece.

La bailarina abri6 lentamente los ojos. Ahora comprend6a. No deb6a interpretar un ave. Deb6a mostrar a una mujer que todav6a recordaba lo que significaba ser libre. El representante del teatro revis6 las p6ginas que descansaban sobre la mesa.

—Tenemos una escena inicial. Después un vals. Más adelante un pas de trois. Danzas. Entradas. Un gran baile...

Pasó varias hojas.

—¿Cómo sabremos que todo pertenece a la misma historia?

Chaikovski se acercó al piano. Apoyó las manos sobre la madera antes de responder.

—Porque cada número debe recordar lo que está en juego.

—¿Incluso el vals?

—Especialmente el vals.

El hombre levantó la vista.

—Pero será una celebración.

Chaikovski apoyó las manos sobre el teclado.

—Sí. Una celebración donde nadie sospecha todavía que la tragedia ya ha comenzado.

Sus dedos dejaron caer unos compases. La música avanzó con elegancia. Giraba. Sonreía. Parecía llenar un gran salón de vestidos, luces y conversaciones. Y, sin embargo... debajo de aquella belleza respiraba una inquietud casi invisible. Como una sombra que caminara entre los invitados sin que nadie advirtiera su presencia. El representante del teatro dejó lentamente la pluma sobre la libreta.

—Es un vals... pero parece ocultar algo.

Chaikovski levantó las manos del teclado. Sonrió apenas.

—Entonces funciona.

Durante los días siguientes comenzaron a aparecer nuevas páginas. Primero nacieron las escenas del palacio. Después llegaron las danzas. Poco a poco, un pas de trois empezó a tomar forma entre tres voces que se buscaban, se alejaban y volvían a encontrarse. Más tarde surgieron las escenas del lago. Allí el tiempo parecía respirar de otra manera.

La música abandonaba la seguridad de los grandes salones. Se volvía más profunda. Más incierta. Más humana. Un copista contempló la creciente montaña de páginas que todavía quedaban por ordenar.

—Maestro... creo que ya tenemos el primer acto.

Chaikovski sonrió con serenidad.

—Entonces todavía nos faltan tres vidas.

El hombre dejó escapar una risa.

—¿Tres?

—La vida del lago. La vida del engaño. Y la vida que queda después de una promesa rota.

El copista volvió a mirar aquellas hojas. Ahora comprendía que no sostenía únicamente papel. Sostenía el principio de un mundo entero.

La música del segundo acto llegó con una respiración diferente. El lago apareció primero en las cuerdas. Después una voz solitaria comenzó a elevarse sobre la orquesta. No parecía interpretar una melodía. Parecía recordar algo que había permanecido dormido durante siglos. Durante uno de los ensayos, un violinista dejó descansar lentamente el arco.

—Maestro... esta música... ¿es triste o es cadenciosa?

Chaikovski permaneció pensativo. Después respondió casi en un susurro.

—Las dos cosas.

El músico sonrió.

—Entonces será difícil tocarla.

El compositor negó con suavidad.

—Primero habrá que sentirla. Después vendrá tocarla.

El violinista permaneció unos segundos en silencio.

—¿Y qué debemos imaginar?

Chaikovski contempló la partitura.

—Una persona que todavía conserva la belleza de aquello que le fue arrebatado.

El músico levantó nuevamente el arco. Las notas eran exactamente las mismas. Sin embargo... ahora parecían comprender por qué existían. En el salón de ensayos, cuatro jóvenes bailarinas intentaban coordinar una breve danza. Avanzaban. Retrocedían. Se cruzaban. Volvían a empezar. Una se adelantaba apenas un instante. Otra perdía ligeramente el equilibrio. El maestro de baile levantó una mano.

—Otra vez.

Las cuatro ocuparon nuevamente sus posiciones. Chaikovski observaba desde un rincón. Después caminó lentamente hasta ellas.

—No piensen como cuatro bailarinas.

Las muchachas se miraron entre sí.

—¿Entonces?

El compositor señaló el lago pintado al fondo del escenario.

—Imaginen que son un mismo cisne reflejado cuatro veces sobre el agua.

Las jóvenes guardaron silencio. Se tomaron de las manos. Respiraron al mismo tiempo. La música comenzó de nuevo. Esta vez los movimientos dejaron de perseguirse. Nacieron juntos. Pequeños. Precisos. Casi juguetones. El maestro de baile sonrió.

—Ahora sí.

Chaikovski tampoco dijo nada. No hacía falta. Todavía ignoraban que aquella pequeña danza atravesaría generaciones enteras y que, muchos años después, bastarían apenas unos compases para que cualquier espectador reconociera, sin necesidad de verla, la presencia del lago.

Cada acto comenzó poco a poco a revelar su propio universo. El primero pertenecía a la juventud. A las celebraciones. A las decisiones que todavía parecían inocentes. El segundo respiraba bajo la luna. Allí vivían Odette, el hechizo y la promesa. El tercero abría las puertas de un gran salón donde llegaban danzas de distintos lugares del mundo. Una húngara. Una española. Una napolitana.

Una mazurca. La alegría parecía llenar cada rincón del palacio. Y, sin embargo... entre aquella belleza aparecería una mujer vestida de negro. Una belleza tan parecida a la inocencia... que incluso el amor sería incapaz de reconocer el engaño. Uno de los bailarines observó los diseños de Odette y Odile colocados uno junto al otro.

—¿La interpretará la misma bailarina?

El maestro de baile respondió sin vacilar.

—Debe hacerlo. El príncipe tiene que creer que ha vuelto a encontrar a la misma mujer.

El bailarín contempló ambos dibujos.

—Entonces el público también puede equivocarse.

Chaikovski levantó lentamente la vista desde el piano.

—Eso es precisamente lo que hace peligroso al engaño. Casi nunca llega con un rostro desconocido. Casi siempre utiliza el rostro de aquello que más amamos.

La sala quedó completamente en silencio. Después... el ensayo continuó. La partitura seguía creciendo. También las dificultades. Un cambio de escenografía obligaba a modificar varios compases. Una transición necesitaba más tiempo. Una bailarina pedía un instan-

te para desarrollar mejor a su personaje. Los copistas apenas terminaban una página cuando ya recibían otra distinta. Una mañana, uno de ellos apareció agitando dos versiones del mismo pasaje.

—Necesito una respuesta antes del ensayo.

Chaikovski levantó la vista.

—¿Qué sucede?

—Tenemos dos versiones del tercer acto. La orquesta necesita saber cuál tocará esta noche.

Desde el fondo alguien comentó con humor:

—Dependerá de quién baile.

El copista cerró los ojos con resignación.

—Eso era exactamente lo que temía.

Las risas recorrieron la habitación. Chaikovski tomó ambas partituras. Las comparó durante unos instantes. Después respondió.

—Guardaremos las dos.

El copista abrió mucho los ojos.

—¿Las dos?

—También la música debe aprender a adaptarse a quienes le prestan el cuerpo.

El hombre suspiró.

—Entonces tendré que marcar muy bien las partes.

Chaikovski sonrió.

—Hazlo. No quisiera que el cisne negro apareciera con la música del cisne blanco.

Esta vez rieron todos. Incluso el propio copista.

Las jornadas comenzaron a prolongarse hasta bien entrada la noche. Mientras unos discutían un cambio de escenografía, otros corregían un paso. Los músicos ensayaban pequeños fragmentos. Los copistas ordenaban páginas. Los sastres tomaban medidas. Las costureras transformaban simples telas en vestidos capaces de revelar quién era cada personaje antes de que pronunciara una sola palabra.

Los técnicos estudiaban cómo convertir unas tablas de madera en un lago iluminado por la luna. Cada persona parecía ocuparse únicamente de una parte diminuta. Un compás. Una costura. Una luz. Un paso. Una cuerda. Y, sin embargo... entre todos estaban

construyendo el mismo sueño. Durante uno de los ensayos generales, el director detuvo la orquesta.

—Desde el principio del baile.

Los músicos buscaron nuevamente el lugar en sus partituras. Los bailarines regresaron a sus posiciones. La música comenzó. El vals llenó el escenario. Los vestidos giraban. Las parejas atravesaban el salón. Todo parecía luminoso. Perfecto. Entonces apareció la figura vestida de negro. Chaikovski se inclinó ligeramente hacia delante. Odile avanzó entre los invitados. No necesitaba amenazar. Sonreía. Y eso bastaba. El príncipe la contempló fascinado.

La música comenzó a rodearlos.

—Detengan la música.

El ensayo se interrumpió. La bailarina miró al compositor.

—¿Qué ocurre?

Chaikovski caminó lentamente hasta el centro del escenario.

—Estás mostrando demasiado pronto que vas a engañarlo.

—Pero ahora soy el cisne negro.

—Tú lo sabes. El público lo sabrá. Él no.

Se volvió hacia el bailarín que interpretaba a Sigfrido.

—Haz que Sigfrido crea, por un instante, que ha recuperado aquello que había perdido.

La bailarina permaneció inmóvil algunos segundos. Después regresó a su lugar. La música volvió a comenzar. Esta vez Odile apareció como el cumplimiento de un deseo. Y precisamente por eso... resultó mucho más peligrosa. Los ensayos continuaban durante semanas. Hubo días luminosos. Y otros en los que nada parecía avanzar. Una escena encontraba su forma. Otra volvía a comenzar desde el principio. Una melodía desaparecía.

Otra nacía casi sin esfuerzo. A veces todos hablaban al mismo tiempo. Otras veces... nadie encontraba una sola palabra. Pero incluso en esos momentos de incertidumbre ninguno abandonaba el teatro. Todos empezaban a comprender la misma verdad. Las grandes obras nunca pertenecen únicamente a quien las imagina. También pertenecen a quienes las construyen. A quienes discuten con ellas. A quienes las corrigen.

A quienes fracasan durante un ensayo y regresan al día siguiente dispuestos a empezar otra vez. Al terminar una de aquellas largas jornadas, el teatro quedó completamente vacío.

Solo permanecían Chaikovski y un viejo tramoyista que recogía lentamente sus herramientas. El anciano contempló el escenario desnudo. Ya no había bosque. Ni palacio. Ni lago. Solo madera. Cuerdas. Telas cuidadosamente dobladas. Después miró al compositor.

—¿Sabe qué es lo más curioso?

Chaikovski sonrió.

—Dígame.

El hombre apoyó una mano sobre una bambalina.

—Cuando el público venga... nadie se acordará de nosotros.

El compositor permaneció unos segundos en silencio. Después estrechó con fuerza la mano del viejo trabajador.

—Quizá no recuerden nuestros nombres. Pero recordarán lo que juntos fuimos capaces de hacerles sentir. Y eso... será mucho más emocionante.

Aquella noche, antes de abandonar el teatro, Chaikovski volvió la vista hacia el escenario. Las luces ya estaban apagadas. Solo una permanecía encendida en el centro. Recordó la primera hoja. La palabra escrita muchos meses atrás junto al piano.

Lago.

Al principio había sido apenas una imagen. Después llegaron una muchacha. Un príncipe. Un hechicero. Una promesa. Más tarde aparecieron los músicos. Los bailarines. Los copistas. Los escenógrafos. Las costureras. Los tramoyistas. Ahora aquella única palabra contenía un mundo entero. Chaikovski sonrió. La música había dejado de pertenecerle. Ya no permanecía inmóvil sobre el papel. Había aprendido a caminar.

Y, como un niño que descubre el mundo por primera vez, comprendió que, para llegar al corazón del público... también tendría que aprender a bailar.



CAPÍTULO VII

La noche del estreno

«Cada estreno es un salto hacia lo desconocido, sostenido únicamente por la fe de quienes lo hacen posible.»

El Teatro Bolshói despertó antes que el sol. Moscú permanecía todavía bajo la penumbra del invierno cuando las primeras puertas laterales comenzaron a abrirse. Desde la plaza, el edificio conservaba la serenidad solemne de un templo. Las altas columnas sostenían la fachada con una elegancia silenciosa. Sobre ellas, la cuadriga de Apolo parecía esperar el amanecer, inmóvil sobre la ciudad. Pero, en su interior... el teatro ya había despertado.

Los corredores comenzaron a llenarse de pasos. Las puertas de los talleres permanecían abiertas. Las costureras revisaban por última vez los cierres, las cintas y los bordados. Los tramoyistas recorrían el escenario comprobando cuerdas, poleas y bastidores. Los escenógrafos observaban cómo los mundos que habían imaginado durante meses comenzaban a ocupar su lugar. Iván Shangin había dado forma a los espacios del primer acto.

Karl Gropius había concebido el esplendor del palacio. Karl Valts había entregado al lago y a la noche su atmósfera más profunda. Cada uno había construido una parte del sueño sin saber todavía cómo respiraría cuando todas aquellas piezas se unieran. Ninguno vería su nombre moverse sobre el escenario. Pero el público entraría, sin saberlo, en los paisajes que sus manos habían construido.

La sala principal permanecía aún vacía. Los palcos se elevaban unos sobre otros bajo una delicada combinación de blancos, dorados y terciopelos carmesí. Las molduras recogían la luz de las lámparas. Los arabescos parecían prolongarse de un nivel al siguiente. Desde el escenario, el auditorio semejaba una inmensa joya abierta en la penumbra. Chaikovski entró lentamente. Permaneció unos instantes contemplándolo.

Había cruzado aquellas puertas muchas veces. Pero aquella mañana todo le parecía distinto. No porque el teatro hubiera cambiado. Sino porque estaba a punto de recibir algo que, durante meses, solo había existido dentro de él. Apoyó una mano sobre el borde del escenario.

—Ya hemos llegado —murmuró.

No sabía si hablaba con el teatro... o con la obra.

En el foso, Stepán Riábov revisaba las últimas indicaciones de la partitura. Pasaba las páginas con cuidado. Marcaba una entrada. Volvía atrás. Comprobaba una transición. Uno de los músicos se acercó.

—¿Habrá ensayo completo?

Riábov negó con serenidad.

—Solo aquello que todavía pueda corregirse sin destruir lo que ya está listo.

El músico sonrió.

—Entonces no será mucho.

El director alzó la mirada.

—En una noche de estreno, una sola respiración puede parecer demasiado.

Poco a poco, los primeros instrumentistas comenzaron a ocupar sus lugares. Los atriles esperaban inmóviles. Las partituras descansaban cuidadosamente ordenadas. Cada instrumento inició el ritual de siempre. Afinar. Escuchar. Esperar. Pero aquella mañana nada se sentía habitual. Aquella música, que hasta entonces solo había existido entre ensayos fragmentarios y páginas dispersas, estaba a punto de recorrer el ballet completo ante el público por primera vez.

Detrás del escenario, Julius Reisinger repasaba las últimas posiciones. Se detenía junto a un grupo. Corregía una entrada. Pedía repetir un desplazamiento. Volvía a observar el conjunto.

—No miren el suelo —dijo a varios bailarines—. El público debe creer que el escenario ya les pertenece.

Uno de ellos respiró profundamente.

—¿Y si algo falla?

Reisinger respondió sin levantar la voz.

—Entonces continúan.

Guardó un breve silencio antes de añadir:

—En el teatro, el error más peligroso no es equivocarse. Es permitir que el público descubra que hemos dejado de creer.

Pelaguéya Karpáкова permanecía en su camerino. El vestido blanco descansaba sobre una silla. Varias plumas parecían estremecerse cada vez que alguien abría la puerta. Una asistente ajustó con delicadeza una costura junto a su hombro.

—No te muevas.

—Llevo toda la mañana intentando no hacerlo.

La mujer sonrió.

—Dentro de unas horas tendrás que moverte por todos nosotros.

Karpákova contempló su reflejo. Aquella noche daría cuerpo a Odette. Y quizá también al rostro oscuro de Odile. Dos mujeres opuestas. Dos almas enfrentadas. Un mismo cuerpo obligado a respirar de dos maneras distintas. Llamaron a la puerta. Stanislav Gillert apareció ya vestido como el príncipe Sigfrido.

—¿Puedo entrar?

—Solo si no vienes a decirme que debo estar tranquila.

Gillert sonrió.

—Venía a preguntarte si tú podías tranquilizarme a mí.

Karpákova dejó escapar una leve risa.

—Entonces estamos perdidos.

—Completamente.

Durante unos segundos se miraron en silencio. Después ella preguntó:

—¿Crees que entenderán la historia?

Gillert contempló el vestido blanco.

—No lo sé. Pero quizá primero debamos creerla nosotros.

En otro camerino, Serguéi Sokolov terminaba de prepararse para convertirse en Von Rothbart. Su vestuario parecía absorber la luz. Un ayudante observó la figura oscura reflejada en el espejo.

—Impresiona.

Sokolov levantó una ceja.

—Todavía no he hecho nada.

—Precisamente por eso.

El bailarín sonrió.

—Entonces el traje ya está trabajando.

Chaikovski caminaba lentamente por los pasillos, saludando a quienes encontraba a su paso. A algunos los conocía por su nombre. A otros únicamente por el oficio que desempeñaban. Costureras. Copistas. Músicos. Bailarines. Técnicos. Trabajadores que habían llegado antes del amanecer y que, probablemente, abandonarían el teatro mucho después del último aplauso. Comprendió que aquella noche no pertenecía únicamente a quienes aparecerían bajo la luz.

También pertenecía a quienes habían trabajado durante meses para que esa luz pudiera existir. Descendió hasta el foso. Permaneció largo rato contemplando los atriles. Aquellos papeles que durante tantos meses habían vivido sobre su escritorio descansaban ahora frente a decenas de músicos. Ya no le pertenecían del todo. Aquello le produjo una extraña mezcla de orgullo y vértigo. Uno de los violinistas se acercó.

—Maestro...

Chaikovski levantó la vista.

—¿Sí?

El músico acarició suavemente la partitura.

—Gracias.

El compositor pareció sorprendido.

—¿Por qué?

—Porque esta noche podremos contar una historia que, hasta hace poco, no existía.

Chaikovski guardó silencio. Después respondió casi en un susurro.

—Ahora ya no es mía. Es de ustedes.

La tarde transcurrió con rapidez. Un ensayo breve. Los últimos ajustes. Una luz que debía desplazarse apenas unos centímetros. Una entrada que necesitaba un poco más de aire. Una transición entre el palacio y el lago. Una cuerda que debía permanecer invisible. Una falda que no podía enredarse durante un giro. Nada parecía decisivo por separado.

Y, sin embargo, todos comprendían que la ilusión nace precisamente de esos pequeños detalles que el público nunca debería advertir. En el escenario se ensayó una última vez la aparición del lago. Primero descendió la penumbra. Después apareció la niebla. Más tarde, la luz de la luna recorrió lentamente el decorado de Karl Valts. Uno de los tramoyistas contempló el resultado.

—Ahora sí parece agua.

Su compañero negó con suavidad.

—No. Ahora parece un recuerdo.

Cuando cayó la noche, las primeras personas comenzaron a ocupar sus lugares. Los palcos se llenaron de abrigos, conversaciones y miradas curiosas. Las lámparas se reflejaban sobre los dorados de la sala. El terciopelo rojo absorbía poco a poco el murmullo del público. Desde detrás del telón llegaban cientos de voces mezclándose unas con otras. Como un río.

Un río formado por muchas vidas que, durante unas horas, aceptarían compartir un mismo sueño.

Pelaguéya Karpákova permanecía completamente inmóvil. Respiraba con los ojos cerrados. Otra bailarina se acercó.

—¿Estás nerviosa?

Karpákova abrió lentamente los ojos.

—Sí.

—¿Mucho?

Ella sonrió apenas.

—Lo suficiente para recordar que esto sigue siendo un privilegio.

La mujer contempló el vestido blanco.

—Dentro de poco serás Odette.

Karpákova negó con suavidad.

—No. Dentro de poco intentaré encontrarla.

En el foso, la orquesta afinaba por última vez. El oboe dejó oír su nota la. Los demás instrumentos comenzaron a reunirse alrededor de ella. Chaikovski escuchaba desde un rincón. No miraba las partituras. Miraba a las personas. A Stepán Riábov frente a la orquesta. A Julius Reisinger detrás del telón. A Pelaguéya Karpákova esperando su primera entrada.

A Stanislav Gillert preparándose para convertirse en Sigfrido. A Serguéi Sokolov oculto bajo la sombra de Rothbart. A los músicos. A los bailarines. A los tramoyistas. A las costureras. A todos aquellos que nadie vería cuando comenzara la representación. Entonces comprendió algo que nunca antes había sentido con tanta claridad. Las grandes obras no nacen únicamente el día en que se escriben.

Ni siquiera el día en que se estrenan. Vuelven a nacer cada vez que muchas personas aceptan entregar una parte de sí mismas para hacerlas posibles. Un asistente apareció junto a la entrada del escenario. Habló muy despacio.

—Cinco minutos.

Nadie respondió. No hacía falta. Las luces comenzaron a apagarse gradualmente. El oro de los palcos se hundió en la penumbra. El murmullo del público fue desapareciendo. Todo el teatro pareció contener la respiración. Chaikovski apoyó suavemente una mano sobre el borde del telón. Recordó al niño que contemplaba la nieve detrás de una ventana.

Recordó al maestro que le enseñó a escuchar antes de tocar. Recordó aquella primera nota escrita muchos años atrás. Después miró a su alrededor. Ya no estaba solo. Aquella historia ya no caminaba únicamente sobre el papel. Respiraba en cada músico. En cada bailarín. En cada costurera. En cada tramoyista.

En cada persona que aguardaba, en silencio, el instante en que el telón comenzara a abrirse.

Stepán Riábov ocupó su lugar. La orquesta quedó inmóvil. Julius Reisinger observó el escenario desde la sombra. Pelaguéya Karpáкова cerró los ojos por última vez antes de convertirse en Odette. Stanislav Gillert respiró profundamente. El telón permanecía todavía cerrado. El director levantó lentamente la batuta. Durante un breve instante... la inmensa sala del Bolshói quedó suspendida en el más absoluto silencio. Y entonces... sin previo aviso... nació la primera nota.



CAPÍTULO VIII

El silencio después del aplauso

«Los aplausos duran unos minutos; el verdadero juicio y la gloria pertenecen al tiempo.»

La última nota permaneció suspendida unos instantes sobre el teatro. Después comenzó a desvanecerse lentamente. Nadie se movió. Durante un breve instante, todo pareció quedar suspendido. Entonces comenzaron los aplausos. Al principio fueron tímidos. Después crecieron desde distintos lugares de la sala hasta convertirse en una sola ovación. Algunas personas sonreían. Otras permanecían en silencio. Había emoción. Había sorpresa. También desconcierto.

Y, entre todas aquellas reacciones, existía otra clase de silencio. Uno que todavía nadie alcanzaba a comprender.

Detrás del telón, los bailarines se abrazaban. Algunos reían. Otros respiraban profundamente mientras recuperaban el aliento. Los músicos comenzaban a guardar sus instrumentos. Los tramoyistas desmontaban con la misma serenidad con la que, horas antes, habían construido aquel mundo. Las costureras recogían cuidadosamente los vestidos. Los iluminadores apagaban, una a una, las últimas luces del escenario. Todo parecía concluir con absoluta normalidad. Y, sin embargo... Chaikovski permanecía inmóvil.

No escuchaba los aplausos. Escuchaba otra cosa. Aquella voz silenciosa que siempre aparecía cuando una obra dejaba definitivamente de pertenecerle. Un compañero se acercó despacio.

—Lo conseguimos.

El compositor sonrió.

—Sí.

—¿No estás feliz?

Chaikovski tardó unos segundos en responder.

—Todavía no lo sé.

Pasaron algunos días. Los periódicos comenzaron a acumularse sobre su escritorio. Las opiniones eran muy distintas. Algunos hablaban de una música demasiado compleja para un ballet. Otros cuestionaban la manera en que la historia había llegado al escenario. No

faltaban quienes admiraban determinados pasajes. Ni quienes encontraban defectos allí donde él solo recordaba meses de trabajo compartido. Leyó una crítica. Después otra. Y otra más.

Finalmente cerró el último periódico. No sintió rabia. Ni tristeza. Sintió algo mucho más profundo. La certeza de que la obra acababa de iniciar un camino que ya no podía controlar. Comprendió que escribir una partitura era apenas el comienzo. Después empezaba una segunda composición. La que el tiempo escribiría junto al público.

Aquella tarde regresó al teatro. La sala permanecía completamente vacía. Los palcos dorados apenas emergían bajo una luz tenue. El gran telón descansaba inmóvil. Sin público. Sin música. Sin movimiento. El edificio parecía mucho más grande. Caminó lentamente hasta el centro del escenario. Miró la inmensa sala. Filas interminables de butacas. Ningún espectador. Solo el eco de sus propios pasos regresando desde la oscuridad.

Se sentó en el borde del escenario. Como si volviera a ser aquel niño que contemplaba la nieve desde una ventana. Después de un largo silencio escuchó unos pasos. Era el viejo tramoyista. Llevaba una escoba y una pequeña caja de herramientas.

—Pensé que ya se había marchado, maestro.

Chaikovski sonrió.

—Yo también lo pensé.

El anciano comenzó a barrer lentamente algunos restos de papel y pequeñas hebras de tela que habían quedado junto al telón. Después habló sin dejar de trabajar.

—¿Sabe una cosa?

—¿Cuál?

—Los teatros tienen buena memoria.

Chaikovski entornó ligeramente los ojos.

—¿Cómo así?

El hombre apoyó la escoba contra una columna y contempló durante unos instantes la inmensa sala vacía.

—He visto funciones recibidas con grandes ovaciones que desaparecieron antes de terminar la temporada.

Guardó silencio. Después continuó.

—Y también he visto otras que parecían destinadas al olvido.

Sonrió apenas.

—Años más tarde regresaron... y entonces todos aseguraban que siempre habían sabido que eran extraordinarias.

Chaikovski permaneció en silencio. El anciano volvió la vista hacia el escenario.

—El teatro no tiene prisa. Sabe esperar.

Aquellas palabras permanecieron durante mucho tiempo en la memoria del compositor. Mucho más que muchas críticas. Porque, por primera vez, comprendió que el juicio de una sola noche jamás basta para medir la vida de una obra. Las partituras también necesitan tiempo para encontrar a quienes saben escucharlas. Al salir del teatro comenzó a nevar muy suavemente. Chaikovski levantó la vista.

Los primeros copos descendían exactamente igual que cuando era niño. Sonrió. No porque hubiera encontrado respuestas. Sino porque comprendió que algunas preguntas necesitan toda una vida para responderse. Y quizá... más de una. Muy lejos de allí... sin que él pudiera saberlo... el tiempo ya había comenzado a trabajar en silencio. Otros directores levantarían nuevas batutas. Otros coreógrafos descubrirían caminos distintos.

Otros bailarines prestarían su cuerpo a Odette y a Sigfrido. Otras orquestas volverían a abrir aquellas partituras. Y nuevas generaciones encontrarían entre sus páginas emociones que aquella primera noche todavía permanecían ocultas. Porque las grandes obras no siempre encuentran su forma definitiva el día en que nacen. Algunas necesitan atravesar otras manos. Otros escenarios y otras épocas. Hasta que el mundo aprende, por fin... a escucharlas.



Swan Lake
P. Tchaikovsky

*Al tempo,
que termina lo que
comienza el corazón*
P. Tchaikovsky

CAPÍTULO IX

El tiempo también compone

«Algunas partituras necesitan varias generaciones para revelar toda la música que esconden.»

El invierno volvió. Después llegó la primavera. Más tarde otro invierno. Y luego otro más. El tiempo continuó avanzando con esa paciencia que solo él conoce. Mientras las personas cambiaban... las partituras seguían esperando. No sentían prisa. Las grandes obras nunca la sienten. Años después, el escritorio donde Chaikovski había escrito aquellas páginas permanecía en silencio. La pluma descansaba.

El piano había dejado de sentir sus manos. Pero, en distintos teatros, alguien seguía abriendo la misma partitura. Nuevos directores levantaban la batuta. Nuevos músicos respiraban antes de la primera nota. Nuevos bailarines aprendían los mismos pasos. Y el lago volvía, una vez más, a despertar. No exactamente igual. Nunca ocurría del mismo modo. Cada generación descubría una historia diferente escondida entre aquellas mismas notas.

Pasaron los años. Muchos años. Entonces ocurrió algo que pocos habrían imaginado. En el Teatro Mariinski de San Petersburgo, varias personas comenzaron a preguntarse si aquella obra todavía guardaba secretos que el mundo aún no había descubierto. Entre ellas se encontraba un hombre que conocía profundamente el lenguaje del ballet. Marius Petipa. Durante años había transformado la danza clásica con una precisión casi arquitectónica.

Cada movimiento tenía un propósito. Cada silencio preparaba el siguiente gesto. Cada mirada formaba parte de la música. A su lado trabajaba otro artista de una sensibilidad muy distinta. Lev Ivánov. Si Petipa construía los palacios... Ivánov parecía escuchar el alma de los lagos. Juntos volvieron a abrir la partitura. Buscaban comprenderla de nuevo. También adaptarían la partitura a la nueva puesta en escena.

Una tarde permanecieron largo rato contemplando el segundo acto. Ninguno hablaba. Finalmente, Petipa rompió el silencio.

—Aquí todavía hay algo que nadie ha visto.

Ivánov pasó lentamente una página.

—No está escondido en la coreografía. Está escondido en la música.

Petipa levantó la vista.

—Entonces tendremos que aprender a escucharla otra vez.

Los ensayos comenzaron semanas después. No pretendían repetir el pasado. Pretendían descubrirlo. Los bailarines dejaron de copiar únicamente movimientos. Comenzaron a buscar respiraciones. Los músicos dejaron de contar solamente los compases. Comenzaron a escuchar aquello que ocurría entre una nota y la siguiente. El lago dejaba de ser un decorado. Volvía a convertirse en un lugar donde el alma podía reflejarse.

Una joven bailarina permanecía inmóvil en el centro del escenario. Ivánov caminó lentamente hasta ella.

—No pienses en una princesa.

Ella lo miró sorprendida.

—¿Entonces en quién?

El maestro sonrió.

—Piensa en alguien que recuerda haber sido libre.

La muchacha cerró los ojos. Cuando volvió a moverse... todo había cambiado. Era el mismo paso. La misma música. Pero ahora existía una vida detrás de cada gesto.

En el foso ocurrió algo parecido. Un violonchelista dejó de tocar. Bajó lentamente el arco.

—Creo que seguimos demasiado pendientes de las notas.

Uno de sus compañeros preguntó:

—¿Y de qué deberíamos estar pendientes?

El músico permaneció unos segundos en silencio. Después respondió:

—De aquello que ocurre entre una nota... y la siguiente.

El director sonrió desde el podio. Sabía exactamente a qué se refería. Los días pasaban. Los ensayos continuaban. Poco a poco, la obra comenzaba a transformarse. Riccardo Drigo había revisado la partitura para aquella nueva versión. Y las nuevas miradas descubrían caminos que siempre habían estado allí. Esperando. Una tarde, al terminar el ensayo, el escenario quedó nuevamente vacío.

Un joven tramoyista contemplaba el lago pintado. A su lado, un viejo compañero sonrió.

—¿Qué miras?

—Es curioso.

—¿Qué cosa?

—Todos dicen que este lago es el mismo de hace muchos años.

El anciano negó lentamente.

—No. Nunca es el mismo. Cada noche refleja un corazón distinto.

El quince de enero de mil ochocientos noventa y cinco, según el calendario ruso de la época —veintisiete de enero en el calendario gregoriano—, el telón volvió a levantarse en el Teatro Mariinski. Aquella noche ya no era únicamente el ballet que Chaikovski había escrito años atrás. Era el encuentro de muchos artistas. La música del compositor. La arquitectura coreográfica de Petipa.

La poesía silenciosa de Ivánov. Los decorados. Las luces. Las manos de los músicos. La respiración de los bailarines. Todo parecía haber encontrado, por fin, un mismo latido. Cuando terminó la función... el público permaneció unos instantes en silencio. No era el desconcierto del primer estreno.

Era ese otro silencio que solo aparece cuando la belleza ha logrado decir algo que las palabras ya no alcanzan a explicar. Después llegaron los aplausos. Largos. Profundos. Sinceros. Aquella noche... el lago había encontrado definitivamente su reflejo. Y quizá... ese era el verdadero milagro. Chaikovski ya no estaba allí para escucharlo. Había partido poco más de un año antes. Y, sin embargo... su música seguía creciendo.

Como si el tiempo hubiera decidido concluir una conversación que la vida había dejado inconclusa. Porque algunas obras no solo necesitan del talento de un solo hombre para nacer. También necesitan del amor de muchas generaciones para convertirse en eternas.

Muy lejos de allí... más allá de los años... si alguien hubiera podido mirar, por un instante, el lugar donde descansan los sueños de los grandes artistas... tal vez habría visto a un hombre detenerse junto a un lago. Escuchar el viento. Sonreír en silencio. Y alejarse sin decir una sola palabra. Porque comprendía que aquella música... ya no le pertenecía. Ahora caminaba sola.

Como caminan los ríos. Como crecen los bosques. Como vuelan los cisnes cuando, por fin, encuentran el viento.



CAPÍTULO X

Cuando el lago volvió a despertar

«Las obras inmortales nunca regresan iguales; despiertan distintas en cada corazón.»

La lluvia había cesado. La noche volvía a cubrir la ciudad. Frente al teatro, las últimas personas llegaban apresurando el paso. Las puertas permanecían abiertas. La luz del vestíbulo se derramaba sobre la plaza como si quisiera abrazar a cada persona antes de entrar. Era otra función. Otro año. Otra generación. Y, sin embargo... el mismo viaje estaba a punto de comenzar.

La pequeña tomó con fuerza la mano de su abuelo.

—¿Ya podemos entrar?

Él sonrió.

—Ahora sí.

Cruzaron lentamente el gran vestíbulo. Todo le parecía inmenso. Las lámparas. Las escaleras. Los balcones. Las voces. Las personas elegantemente vestidas. Y, sobre todo... el enorme telón. Le parecía imposible que detrás pudiera esconderse un lago entero.

—Abuelo...

—¿Sí?

—¿Dónde está el lago?

El anciano sonrió.

—Todavía no ha aparecido.

La niña observó el escenario vacío.

—Pero aquí no hay agua.

El abuelo se inclinó ligeramente hacia ella.

—Los lagos más importantes nunca aparecen primero sobre el escenario. Aparecen aquí.

Y apoyó suavemente un dedo sobre el pecho de la pequeña. Ella no respondió. Siguió mirando el telón. Las luces comenzaron a apagarse lentamente. En el foso, la orquesta afinó por última vez. El oboe dejó escapar su habitual la en una nota larga. Los demás instrumentos comenzaron a reunirse alrededor de ella. La niña escuchó atentamente.

—Parece que estuvieran hablando.

El abuelo sonrió.

—Lo están haciendo.

—¿Qué dicen?

El anciano permaneció unos segundos en silencio. Después respondió.

—Se están poniendo de acuerdo para contar un sueño.

El director levantó la batuta. El teatro entero pareció contener la respiración. Y nació la primera nota. La niña abrió mucho los ojos. No sabía explicar por qué. Pero sintió que aquella música ya la conocía. Como si hubiera estado esperándola desde mucho antes de que ella naciera. Poco a poco... sus párpados comenzaron a cerrarse. No porque tuviera sueño.

Sino porque la música la llevaba hacia otro lugar. Primero apareció la nieve. Caía lentamente. En silencio. Un niño permanecía inmóvil frente a una ventana. Parecía esperar algo. Ella quiso acercarse. Pero el paisaje comenzó a desvanecerse. Ahora apareció una antigua escuela. Un piano. Un maestro de cabello blanco. Unas manos abrían lentamente una partitura.

«Primero hay que aprender a escuchar.»

La frase quedó suspendida en el aire. Después desapareció. Una pluma blanca descendía sobre un lago inmóvil. El viento apenas rozaba el agua. Muy cerca, un hombre permanecía sentado frente a un piano. No alcanzaba a verle el rostro. Solo las manos. Escribían. Borraban. Volvían a escribir. Entonces comprendió algo extraño. Aquel lago todavía no tenía cisnes. Esperaba que alguien los soñara.

Las imágenes comenzaron a girar entre sí, creando un eterno remolino. Apareció un bosque iluminado por la luna. Una muchacha vestida de blanco. Cuatro pequeños cisnes respirando al mismo tiempo. Un viejo tramoyista apagando una luz. Una costurera cosiendo una pluma. Un violista afinando lentamente. Un director levantando la batuta. Un teatro vacío. Otro completamente lleno. Los aplausos. La nieve. El lago. La primera nota.

La última. Todo parecía suceder al mismo tiempo. Como si la música hubiera dejado de contar los años. Entonces apareció una figura caminando muy despacio entre la niebla. No distinguía su rostro. Solo veía una silueta alejándose junto al lago. El hombre se detuvo. Miró por última vez el agua. Después levantó lentamente la vista hacia ella. No dijo una sola palabra. No hacía falta.

Porque la niña comprendió exactamente lo que aquella mirada quería decir.

Ahora te corresponde a ti.

La figura sonrió. Y comenzó a desaparecer entre la niebla. No hubo tristeza. Solo una inmensa paz. Como la de quien entrega un tesoro sabiendo que alguien continuará cuidándolo. La música comenzó a regresar. La niña abrió lentamente los ojos. El lago seguía allí. Odette continuaba bailando. La orquesta respiraba. El público permanecía inmóvil. Nadie parecía haber notado el largo viaje que acababa de realizar.

Ella tampoco intentó explicarlo. Porque comprendía que existen historias que solo pueden contarse en silencio. Cuando cayó el telón por última vez, las personas comenzaron a aplaudir. Los artistas regresaron una y otra vez para agradecer. La música había terminado. Pero algo seguía creciendo dentro de ella. Mientras caminaban hacia la salida, volvió la cabeza una última vez. El escenario ya estaba vacío.

Y, sin embargo... tuvo la absoluta certeza de que el lago continuaba allí. No sobre las tablas. Sino en algún lugar donde los ojos ya no eran necesarios para verlo. Salieron del teatro. La noche era fresca. Las estrellas comenzaban a abrirse paso entre las nubes. Caminaron durante varios minutos sin hablar. Finalmente, el abuelo preguntó:

—¿Te gustó?

La niña tardó mucho en responder. Después levantó lentamente la vista.

—Creo que... esa música ya estaba dentro de mí.

El anciano sonrió. No respondió. Porque recordó otra historia. La de un niño que, muchos años atrás, había permanecido inmóvil contemplando caer la nieve mientras esperaba algo que todavía no sabía nombrar. Entonces comprendió que el viaje nunca había terminado. Solo había encontrado un nuevo corazón.

Muy lejos de allí... más allá del tiempo... más allá de los teatros... más allá de las últimas notas... el lago permanecía inmóvil. Como si esperara. No esperaba nuevos bailarines. Ni nuevas orquestas. Esperaba algo mucho más sencillo. Al próximo niño. A la próxima niña. A la próxima persona capaz de detenerse unos instantes... cerrar los ojos... y creer que un lago puede existir, aunque no haya agua.

Porque las obras inmortales nunca viven únicamente en los libros, en las partituras o en los escenarios. Viven allí donde alguien decide soñarlas por primera vez. Y cada vez que eso ocurre... el lago vuelve a despertar. Y cada vez que eso ocurre... el telón —siempre— se volverá a levantar.



Gracias.

EPÍLOGO

El lago sigue soñando

«Cuando un sueño encuentra un nuevo corazón, la historia vuelve a comenzar sin haber terminado nunca.»

Cuando el último espectador abandonó el teatro... el silencio regresó lentamente. Las luces comenzaron a apagarse, una a una. Los músicos guardaron sus instrumentos. Los bailarines dejaron atrás el escenario. Los tramoyistas recogieron cuidadosamente aquello que, unas horas antes, había parecido un bosque, un castillo y un lago. Poco a poco... todo volvió a ser madera. Tela. Cuerda. Luz. Como ocurre después de cada función.

Como ocurre después de cada sueño. La gran sala quedó completamente vacía. Ninguna voz. Ningún aplauso. Solo el eco lejano de una historia que todavía parecía recorrer las butacas. El telón permanecía cerrado. Todo era silencio.

Entonces... una voz muy suave rompió la quietud.

—¿Ya se fueron?

Pasaron unos segundos. Desde algún lugar del escenario llegó otra respuesta.

—Sí... creo que ya estamos solos.

El gran telón comenzó a abrirse lentamente. No había público. No había orquesta. No había focos. Y, sin embargo... el lago seguía allí. La niebla descansaba sobre el agua. La luna continuaba reflejándose sobre las pequeñas ondas. Como si la función nunca hubiera terminado. Odette apareció caminando despacio junto a la orilla. Ya no bailaba. Simplemente caminaba. Se inclinó.

Hundió lentamente la mano en el agua. Sonrió.

—Está un poco más cálido esta noche.

Detrás de ella apareció Sigfrido.

—Hoy había una niña en la tercera fila.

Odette volvió lentamente la mirada.

—Lo sé. No dejó de vernos ni un solo instante.

El príncipe contempló el lago.

—Creo que nos creyó.

Ella negó con dulzura.

—No... creo que nos recordó.

Desde el bosque apareció Rothbart. Caminaba despacio. Apoyó el bastón contra una roca. Se quitó lentamente la pesada capa negra. Suspiró.

—Hoy conseguí que me odiaran otra vez.

Odette sonrió.

—Ese siempre fue tu trabajo.

Rothbart dejó escapar una pequeña risa.

—Y el tuyo... seguir enseñando que la belleza también sabe sufrir.

Los tres permanecieron unos instantes contemplando el lago. Ya no había enemigos. Solo viejos compañeros que, función tras función, volvían a contar la misma historia. De pronto llegaron corriendo los cuatro pequeños cisnes. Reían. Se empujaban suavemente. Uno de ellos dijo:

—Casi me caigo.

Otro respondió riendo:

—Pero nadie lo vio.

Un tercero negó con la cabeza.

—Sí lo vio un violista... Dos trompetistas... y la cornista.

Todos estallaron en carcajadas. Rothbart levantó una ceja.

—Los artistas con sensibilidad siempre lo ven todo.

Entonces ocurrió algo extraño. Una melodía comenzó a surgir lentamente del lago. No salía de ningún instrumento. Flotaba sobre el agua. Como una brisa. Como un recuerdo. Odette cerró los ojos.

—Ha vuelto.

Sigfrido sonrió.

—Nunca se marcha del todo.

La melodía pasó lentamente junto a ellos. Después desapareció entre los árboles. Como si también necesitara descansar antes de la siguiente función. Los personajes permanecieron largo rato en silencio. Hasta que Odette volvió a mirar las butacas vacías.

—¿Crees que el público volverá mañana?

Sigfrido contempló la inmensa sala. Después respondió.

—Siempre vuelven.

Ella guardó silencio.

—¿Y si algún día dejan de venir?

Nadie respondió. El lago quedó completamente inmóvil. Entonces, desde algún lugar que ninguno podía señalar... se escuchó una voz serena. Muy conocida. Muy lejana. Y, al mismo tiempo... profundamente cercana.

—Mientras exista una sola persona capaz de conmoverse ante la belleza... ustedes nunca estarán solos.

Los personajes no levantaron la vista. No hacía falta. Todos reconocieron aquella voz. No como la de un compositor. Sino como la de quien, muchos años atrás, los había soñado por primera vez. Odette caminó despacio hasta un viejo piano que descansaba junto al bosque. Lo abrió con delicadeza. Sobre él había una única hoja en blanco. Tomó una pluma. Permaneció unos instantes pensando.

Después escribió una sola palabra.

Gracias.

No añadió nada más. Cerró lentamente la tapa. Y el piano volvió a guardar silencio.

La noche comenzó a desvanecerse. Muy despacio. Las primeras luces del amanecer aparecieron detrás del teatro. Los personajes escucharon pasos. Muchos pasos. Odette sonrió.

—Ya vienen.

Los pequeños cisnes ocuparon nuevamente sus lugares. Rothbart recogió su bastón. Sigfrido volvió junto al lago. La niebla descendió suavemente sobre el agua. Todo regresó exactamente al lugar donde el público esperaba encontrarlo. Antes de que el telón terminara de cerrarse... Odette volvió lentamente la cabeza. Esta vez no miró al escenario. Ni al teatro. Miró directamente al lector. Y sonrió.

—No tardes demasiado. Aquí seguiremos esperándote.

El telón terminó de cerrarse. La sala volvió a quedar completamente vacía.

Muy lejos de allí... la nieve comenzaba otra vez a caer detrás de una ventana. Un niño levantó la vista. Una niña abrió por primera vez un libro. Un joven compositor escuchó un

silencio que no supo explicar. Un pintor encontró un color que parecía venir de otro tiempo.

Un escritor escribió una frase y tuvo la extraña sensación de no haber sido el primero en pensarla. Porque las obras inmortales nunca esperan únicamente en los teatros. Esperan dentro del silencio. Esperan dentro de la imaginación. Esperan dentro de nosotros. Y cada vez que alguien vuelve a emocionarse ante la belleza... cada vez que una melodía encuentra un nuevo corazón... cada vez que un niño o una niña deciden creer que un lago puede existir, aunque no haya agua... el telón vuelve a levantarse.

Y el lago... podrá eternamente seguir soñando.

Coda

Entonces... la nieve comenzó lentamente a desvanecerse. El blanco del invierno fue cediendo su lugar a la llovizna de septiembre. Los viejos teatros comenzaron a desdibujarse. Primero el Bolshói. Después el Mariinski. Luego otros escenarios que el tiempo había ido reuniendo a lo largo de los años. Hasta que, poco a poco, apareció el Teatro Mayor Julio Mario Santo Domingo.

En el foso, los músicos de la Orquesta Filarmónica de Bogotá comenzaron a ocupar sus lugares. Detrás del telón, los bailarines del Ballet de Santiago de Chile esperaban en silencio. Todo parecía regresar. Como si el tiempo hubiera terminado de dibujar un gran círculo. Y la tarde comenzó a despedirse sobre Bogotá.



«Las grandes obras no desafían al tiempo. Aprenden a caminar junto a él.»

Índice

CAPÍTULO I · El teatro respira

«Todo teatro comienza a soñar mucho antes de que se levante el telón.»

CAPÍTULO II · La nieve

«Hay silencios que llegan para enseñarnos a escuchar aquello que todavía no tiene nombre.»

CAPÍTULO III · El maestro del silencio

«Los grandes maestros no entregan respuestas; enseñan a hacer mejores preguntas.»

CAPÍTULO IV · El hombre frente al piano

«Toda melodía nace mucho antes de encontrar la primera nota.»

CAPÍTULO V · El lago antes de los cisnes

«Antes de existir en la música, los sueños aprenden a vivir primero en la imaginación.»

CAPÍTULO VI · Cuando la música aprendió a caminar

«Una obra deja de pertenecer a su creador cuando otras manos comienzan a construirla.»

CAPÍTULO VII · La noche del estreno

«Cada estreno es un salto hacia lo desconocido, sostenido únicamente por la fe de quienes lo hacen posible.»

CAPÍTULO VIII · El silencio después del aplauso

«Los aplausos duran unos minutos; el verdadero juicio y la gloria pertenecen al tiempo.»

CAPÍTULO IX · El tiempo también compone

«Algunas partituras necesitan varias generaciones para revelar toda la música que esconden.»

CAPÍTULO X · Cuando el lago volvió a despertar

«Las obras inmortales nunca regresan iguales; despiertan distintas en cada corazón.»

EPÍLOGO · El lago sigue soñando

«Cuando un sueño encuentra un nuevo corazón, la historia vuelve a comenzar sin haber terminado nunca.»



Gracias por haber cruzado este umbral

Si deseas ayudar a que nuevos relatos
sigan naciendo,
puedes apoyar este proyecto aquí.

Haz clic aquí para apoyar este proyecto >

Gracias por leer, escuchar
y acompañar este proyecto.

«Mientras exista alguien dispuesto a soñarlos, los cisnes siempre volverán».

© 2026 Guillermo Isaza Fiscó

Prohibida su reproducción total o parcial sin autorización expresa del autor.



